

Identidad de la Catequesis, en la *Catechesi Tradendae*

PASCUAL MAYMÍ

Como *plataforma de precomprensión* de la CT (*Catechesi Tradendae*) hay que tener en cuenta, por supuesto, no sólo toda la riqueza del Vaticano II, sino también otros documentos más recientes o más especialmente vinculados con esta exhortación¹. Hay que tener en cuenta, de modo particular, los *límites del documento*: «No es éste el lugar adecuado para dar una definición rigurosa y formal de la catequesis, suficientemente ilustrada en el *Directorio General de la Catequesis*. Compete a los especialistas enriquecer cada vez más su concepto y su articulación. (...) Recordemos simplemente algunos puntos esenciales» (n. 18). O sea, no estamos ante un trabajo científico, sino ante una *exhortación pastoral*: estimular, animar a todos, primacía de lo práctico..., más que rigor lógico y científico. Importancia también de lo *coyuntural*: algunas insistencias se deben simplemente a circunstancias concretas. Sin embargo, ya desde ahora hay que subrayar cosas como las siguientes: La *prioridad* manifiesta que se da a la catequesis: la Iglesia tiene que verla como «una tarea absolutamente primordial de su misión», a la que hay que consagrar «sus mejores recursos en hombres y energías, sin ahorrar esfuerzos, fatigas y medios materiales» (n. 15). También la *complejidad* del tema: «La catequesis no puede dissociarse del conjunto de actividades pastorales y misionales de la Iglesia. Ella tiene, sin embargo, algo específico propio» (n. 18).

¹ Nos referimos a los siguientes: *Directorio Catequístico General* (= DCG), Roma, 1971. *Evangelii Nuntiandi* (= EN) de Pablo VI, 1975. El *Mensaje* de la IV Asamblea General del Sínodo de Obispos, 1977. Y las *Proposiciones* del mismo Sínodo, las cuales en algunos puntos son más ricas que la misma CT; las mencionaremos con la sigla PS y el número correspondiente. Para todo esto ver la interesante *Sinopsis para un estudio comparativo de la Catechesi Tradendae con sus fuentes*, de M. Matos, en *Actualidad Catequética*, n. 96, enero-marzo 1980, pp. 97-144.

¿En qué consiste esta especificidad? No es tan fácil deslindarla adecuadamente: a lo largo de toda la *CT* se van aportando aspectos y matices (es como un cuadro que sólo poco a poco se va perfilando y rematando), pero los números 18-25 constituyen un núcleo fundamental.

Vamos a formularnos, a la luz de la *CT*, dos preguntas básicas: ¿Qué es la catequesis? ¿Cuáles son sus articulaciones principales?

1. ¿QUÉ ES LA CATEQUESIS?

Digamos, en primer lugar, que la *CT* no enfoca la catequesis en «sentido estricto» («simple enseñanza de las fórmulas que expresan la fe»), sino en «sentido amplio» y «*pastoral*», el cual incluye y desborda el anterior (n. 25).

A lo largo y ancho de la *CT* se va poniendo en práctica la afirmación de que «la catequesis tiene necesidad de renovarse continuamente en un *cierto alargamiento de su concepto mismo,...*» (n. 17).

En el panorama resultante, los *fin*es que se asignan a la catequesis son múltiples y variados. Va surgiendo una visión muy rica de la catequesis, pero también muy compleja y globalizante ². ¿Cuál puede ser ahí el hilo conductor o eje estructurante de todo? Tal vez el concepto de *educación de la fe*. Inevitablemente brotan a continuación otras preguntas: ¿quiénes son los *agentes* de esta educación? ¿*Cómo* se realiza?

a) Finalidad más o menos difusa y globalizante

Son muchos los fines y las facetas que se van adscribiendo a la catequesis. Para ordenar un poco tanta variedad y riqueza, agrupémosla en torno a varios polos:

1) *Aspecto central*. He aquí los principales:

- *Conocimiento, enseñanza*: Trento se preocupó de la «enseñanza catequética»; el Catecismo romano es «una obra de primer orden»... (n. 13). Todo bautizado «tiene el derecho de recibir de la Iglesia una enseñanza y una

² Sabido es que en catequesis, tanto la terminología como las nociones han sido más o menos fluctuantes (cf., p.e., E. Alberich, *Catequesis*, en J. Gevaert, ed., *Diccionario de Catequética*, Edit. CCS, Madrid, 1987).

formación que le permitan iniciar una vida verdaderamente cristiana» (n. 14). La «catequesis comprende especialmente una enseñanza de la doctrina cristiana...» (n. 18); «se esfuerza por conocer mejor a Jesús...» (n. 20); etc.

- *Comunión*: «El fin definitivo de la catequesis es poner a uno no sólo en contacto sino en comunión, en intimidad con Jesucristo: sólo Él puede conducirnos al amor del Padre en el Espíritu y hacernos partícipes de la vida de la Santísima Trinidad» (n. 5). «En la catequesis lo que se enseña es a Cristo..., y todo lo demás en referencia a Él; el único que enseña es Cristo, y cualquier otro lo hace en la medida en que es portavoz suyo, permitiendo que Cristo enseñe por su boca» (n. 6). «Esta doctrina no es un cúmulo de verdades abstractas, es la comunicación del Misterio vivo de Dios» (n. 7). En Jesucristo «sus palabras, sus parábolas y razonamientos no pueden separarse nunca de su vida y de su mismo ser. En este sentido, la vida entera de Cristo fue una continua enseñanza...» (n. 9).
- *Kerygma*: La catequesis desarrolla y profundiza el kerygma...; no se trata de algo «menos evangélico que el kerygma, por más que digan algunos que la catequesis vendría forzosamente a racionalizar, aridecer y finalmente matar lo que de más vivo, espontáneo y vibrante hay en el kerygma» (n. 25).
- *Palabra de Dios*: La fuente de la catequesis es «la Palabra de Dios, transmitida mediante la Tradición y la Escritura»; el ministerio de la palabra «incluye la predicación pastoral, la catequesis, toda la instrucción cristiana...» (n. 27).
- *Eucaristía*: «La pedagogía catequética encuentra... su fuente y su plenitud en la eucaristía dentro del horizonte completo del año litúrgico» (n. 48).
- *La fe*: «La peculiaridad de la catequesis... persigue el doble objetivo de hacer madurar la fe inicial y de educar al verdadero discípulo por medio de un conocimiento más profundo y sistemático de la persona y del mensaje de N.S. Jesucristo» (n. 19). Tiene que «alimentar y enseñar» la fe (n. 19); desarrollar «una fe aún inicial» (n. 20); «hacer crecer, a nivel de conocimiento y de vida, el germen de la fe sembrado por el Espíritu Santo con el primer anuncio y transmitido eficazmente a través del bautismo» (n. 20). La catequesis «que es crecimiento en la fe y maduración de la vida cristiana hacia la plenitud, es, por consiguiente, una obra del Espíritu Santo, obra que sólo Él puede suscitar y alimentar en la Iglesia» (n. 72).
- *La vida cristiana*: La catequesis quiere iniciar «en la plenitud de la vida cristiana» (n. 18); «promover en plenitud y alimentar diariamente la vida cristiana de los fieles de todas las edades» (n. 20). La catequesis «no consiste únicamente en enseñar la doctrina, sino en iniciar a toda la vida cristiana» (n. 33).

- *El misterio de Cristo*: La catequesis tiende a «desarrollar la inteligencia del misterio de Cristo a la luz de la Palabra, para que el hombre entero sea impregnado por ella» y así seguir a Cristo, pensar, juzgar, actuar y esperar como Él (n. 20).
- *Dar testimonio y razón de la propia esperanza* (n. 25).
- «*Formar al hombre perfecto, maduro*», que realice la plenitud de Cristo (n. 25).

2) *Otros aspectos globalizantes*: «Toda actividad de la Iglesia tiene una dimensión catequética» (n. 49). «Toda asociación de fieles... debe ser... educadora de la fe» (n. 70). «Se puede catequizar en todas partes» (n. 67). La catequesis se extiende no sólo a la doctrina, sino también a la vida, el compromiso, los sacramentos, el testimonio, etc., como ya hemos visto y como se recalca a menudo (p.e., nn. 37, 48, 49). Tiene que «desarrollar toda la riqueza de su concepto, mediante la triple dimensión de palabra, de memoria y de testimonio —de doctrina, de celebración y de compromiso en la vida— que el mensaje del Sínodo al Pueblo de Dios ha puesto en evidencia» (n. 47).

3) *Verbos preferidos*: conocer, enseñar, alimentar, conducir, desarrollar, profundizar, hacer crecer, hacer madurar, promover en plenitud, iniciar, educar...

b) La educación de la fe, como síntesis de todo

Una visión tan globalizante de la catequesis puede dar la impresión de que todo es catequesis y que, por consiguiente, la catequesis carece de perfil propio. ¿Quizá se ha buscado la yuxtaposición o el enriquecimiento más que la sistematización, la estructura, el rigor? ¿O más bien hay que buscar la clave en el concepto «educación», que también se puede relacionar un poco con todo?

Nuestro documento habla a menudo de la *educación de la fe*: «el Pueblo de Dios no ha cesado de educarse en la fe» (n. 13); la catequesis es «educación de la fe de los niños, de los jóvenes y adultos» (n. 18). «Desde la infancia hasta el umbral de la madurez, la catequesis se convierte, pues, en una escuela permanente de la fe» (n. 39). Tiene que adoptar métodos muy diversos para alcanzar «su finalidad específica: la educación en la fe» (n. 51).

Huelga decir que, por lo que hemos visto, *la fe hay que entenderla aquí* no sólo como aceptación de verdades reveladas que el Magisterio determina y propone a los creyentes, sino también y sobre todo como experiencia fundamental que no termina en los enunciados de la fe, sino en la realidad misma de Dios; la fe como actitud esencial que incluye la esperanza y el amor, y es como el eje y síntesis de la vida cristiana: adhesión a Cristo, compromiso con el Reino de Dios, en la Iglesia y en el mundo. En resumen: adhesión personal a Jesús a través de mediaciones diversas. Hay que superar el riesgo de acentuar las mediaciones (instrucción, moral...) en detrimento del encuentro y de la adhesión personal. Precisamente dentro del movimiento catequético la expresión «educación de la fe» recalca el paso del «catecismo» a la «catequesis», el paso de la simple instrucción religiosa o enseñanza de la doctrina a dimensiones mucho más profundas de la Palabra y su aceptación por el creyente, aunque dejando siempre bien claro que la fe depende de la acción gratuita de Dios y de la libre respuesta del hombre.

En cuanto al otro miembro del binomio —*la educación*—, sabido es que hablando en general «la educación no es sólo problemática, sino además antinómica. Mejor dicho, su problematicidad viene ante todo de las antinomias que encierra. Por antinomias entendemos problemas estructurales-funcionales de un ser, en forma de contradicciones internas»³. Recordemos que la educación suele entenderse como proceso perfectivo, para que un sujeto acceda a niveles superiores.

Hablar de catequesis en términos de educación es muy *ventajoso*. En primer lugar porque así se «reivindica su *naturaleza propiamente pedagógica* de intervención intencional para un crecimiento personal, libre, interiorizado, al servicio de un válido proyecto existencial, abierta a los valores y capaz de discernimiento crítico»⁴. En segundo lugar, porque se nos previene contra el infantilismo, la inmadurez y la falta de adaptación; también contra fáciles reduccionismos (convertir la catequesis en adoctrinamiento, simple enseñanza o mera socialización). «Generalmente hablando, la *funcionalidad educativa* al servicio del crecimiento y maduración de la fe debería convertirse en la clave resolutive e interpretativa para regular las diversas componentes de todo proceso catequético» (*ibid.*).

También es cierto que la catequesis como educación puede suscitar algunos *problemas*:

³ J.M. Quintana, *Teoría de la educación. Concepción antinómica de la educación*. Dykinson, Madrid, 1988, p. 57.

⁴ E. Alberich, *Educación de la fe*, en el *Diccionario de Catequética*, p. 303.

- Hay quien considera que *la educación de la fe es más amplia que la catequesis*⁵; que «la catequesis sólo es una *forma peculiar* de educar la fe» (*ib.*, n. 59). Pero hay que tener en cuenta la noción de catequesis que se maneja: «Lo propio de la catequesis es *esa iniciación global y sistemática* en las diversas expresiones de la fe de la Iglesia (...). Es ese período intensivo y suficientemente prolongado de *formación cristiana integral y fundamental*» (*ib.*, n. 61).
- Para algunos la catequesis es un *período «transitorio»*, porque el cristiano «no puede verse sometido a una constante *iniciación catequética*. Sí debe estar, sin embargo, en un proceso permanente de educación de la fe...»⁶. Para la CT, en cambio, la catequesis no es algo transitorio; se da en todas las edades, es «escuela permanente de la fe» (n. 39), precisamente porque para la CT la catequesis no es sólo iniciación, sino también educación de la fe.
- Volvamos a una pregunta ya formulada: si es cierto que «toda actividad de la Iglesia tiene una dimensión catequética» (n. 49), *¿qué es lo propio de la catequesis?* Empecemos diciendo que se plantea un problema equivalente en el campo de la educación en general: se dice, por ejemplo, que todo (la vida, las circunstancias, el dolor, la alegría...) puede ser educativo; y si esto es así, ¿en qué consiste la educación? Para algunos, lo definitorio en educación es la intencionalidad: sólo hay educación en lo *formalmente* educativo (estímulos ordenados de forma exclusiva por el agente educador para lograr tal resultado educativo). Otros, en cambio, tienen en cuenta no sólo la intencionalidad, sino también los efectos producidos; no sólo aceptan la educación formal sino también la *informal* (llamada también, con más o menos exactitud, educación ambiental, por medio de la vida, inculturación, socialización, experiencia directa...). En la educación informal los estímulos que producen el efecto no han sido ordenados intencionalmente de forma exclusiva por el agente educador para lograr el resultado educativo. Se podría seguir preguntando: ¿cómo se correlacionan la educación formal y la informal? ¿Es cierto, como sugieren algunos, que la educación informal es más profunda, universal y eficaz? ¿Puede decirse que cuanto más se vive una cosa, menos formalización necesita?⁷ Por supuesto, la CT no emplea esta terminología, pero parece decir algo equivalente cuando, al hablar de la educación religiosa en la escuela, menciona la que se da «*implícitamente* o de manera *indi-*

⁵ Cf. *La Catequesis de la Comunidad* (Comisión Episcopal de Enseñanza y Catequesis, Edice, Madrid, 1983), n. 56 ss.

⁶ *La Catequesis de la Comunidad*, n. 61.

⁷ Cf., p.e., J. Trilla, *La educación informal*, PPU, Barcelona, 1986.

recta», y además la considera insuficiente para la escuela cristiana (n. 69). Tendríamos, pues, en primer lugar la catequesis *propriadamente dicha*, la que *explícita y directamente* busca la educación de la fe. En segundo lugar, las posibles *dimensiones catequísticas* de otras muchas funciones eclesiales: no son formalmente catequísticas, pero sí lo son de modo *implícito o indirecto* (informal). Por ejemplo: la liturgia busca, de suyo, celebrar la fe, pero al mismo tiempo puede no sólo alimentar la fe, sino incluso educarla más y más.

c) Los agentes de la catequesis

Con claridad y fuerza, la CT afirma la primacía de la acción de *Jesús* (nn. 5-9) y de la acción del *Espíritu Santo* (n. 72). Pero seguramente hubiese sido preferible colocar también al principio y no al final este hermoso número sobre el Espíritu Santo: hubiese sido más lógico y tal vez así habría teñido más explícitamente todo el documento. Es el caso, por ejemplo, de dos textos de Juan, tan valientes como poco citados: «Él os lo enseñará y os traerá a la memoria todo lo que yo os he dicho» (Jn 14,26); «os guiará hacia la verdad completa..., os comunicará las cosas venideras» (Jn 16,13). A continuación la CT insiste: «El Espíritu es, pues, prometido a la Iglesia y a cada fiel como un Maestro interior...». Por consiguiente, tanto la Iglesia como cada fiel tienen que ser muy conscientes de que actúan «como instrumento vivo y dócil del Espíritu Santo. Invocar constantemente este Espíritu, estar en comunión con Él, esforzarse en conocer sus auténticas inspiraciones debe ser la actitud de la Iglesia docente y de todo catequista» (*ib.*).

Respecto de los agentes visibles de la catequesis, baste decir que la gama es muy rica y que la palabra «*ministerio*» contribuye, alguna vez, a dignificar su labor, en la línea de la corresponsabilidad. No sólo se habla del «*ministerio de la palabra*» (n. 27), sino también del «*ministerio de la catequesis*» (n. 13) y de que «*nunca se esforzarán bastante los padres cristianos por prepararse a este ministerio de catequistas de sus propios hijos...*» (n. 68). Pero sólo estamos en los comienzos; de ahí una cierta oscilación: los «*catequistas seculares deben recibir una formación esmerada para lo que es, si no un ministerio formalmente instituido, sí al menos una función de altísimo relieve en la Iglesia*» (n. 71).

En cuanto a los agentes colectivos, la CT no valora suficientemente las *comunidades de base* (varios lo han recalcado)⁸, pero en general sigue en su

⁸ Las comunidades eclesiales de base se mencionan simplemente de paso en CT 47. En cambio, se les da mucha importancia en la PS 29, y en la misma EN 58.

línea de máxima amplitud; afirma, por ejemplo, que «se puede hacer catequesis en todas partes» (n. 67); sostiene «la necesaria diversidad de lugares de catequesis» (ib.) y menciona a continuación: parroquia, familia, capellanías, escuelas estatales y católicas, movimientos de apostolado, etc. Se da importancia a la catequesis familiar (n. 68): «tiene un carácter peculiar y en cierto sentido insustituible»; «precede, acompaña y enriquece toda otra forma de catequesis». La parroquia es considerada como «la animadora de la catequesis y su lugar privilegiado» (n. 67), pero «sin monopolizar y sin uniformar» (ib.), cosa que hoy conviene tener muy presente⁹. La escuela, sobre todo la escuela católica, desempeña también un papel muy importante (n. 69): «Al lado de la familia y, en colaboración con ella, la escuela ofrece a la catequesis posibilidades no desdeñables». Pero el vocabulario es muy oscilante; además de «catequesis», se habla también de «educación religiosa», «enseñanza religiosa», y «formación religiosa»; se insiste en la síntesis entre fe y cultura. Aún no se establece claramente la distinción, hoy tan frecuente, entre ERE (enseñanza religiosa escolar) y catequesis. En cambio hay mucha más uniformidad y claridad de vocabulario al hablar de los religiosos docentes (n. 65): «nacieron para la educación cristiana de los niños y de los jóvenes, principalmente los más abandonados»; a lo largo de la historia «se han encontrado muy comprometidos en la actividad catequética de la Iglesia, llevando a cabo un trabajo particularmente idóneo y eficaz»; deben prepararse «lo mejor posible para la tarea catequética» y dedicar el máximo de sus capacidades y posibilidades «a la obra específica de la catequesis». Es importante no olvidar nada de todo esto, sobre todo en presencia de algunas tendencias reduccionistas.

d) Una educación que insiste en la enseñanza, la sistematización y la integridad

- La CT insiste en la enseñanza. Por ejemplo: la catequesis en cuanto educación de la fe «comprende especialmente una enseñanza de la doctrina cristiana, dada generalmente de modo orgánico y sistemático...» (n. 18). Sin embargo, está claro que la imagen que de la catequesis entera nos da la CT es una imagen que desborda, por muchos conceptos, la dimensión «enseñanza». Por otra parte, en el NT «verdad» y «enseñanza» conllevan dimensiones complejas, experienciales, vitales, que van mucho más allá de la doctrina¹⁰.

⁹ La PS 27 subraya que no pocas parroquias están lejos de constituir una verdadera comunidad cristiana, y que su renovación puede estar en convertirse en «comunidad de comunidades».

¹⁰ Cf. J. Mateos, *Criterio de verdad y carisma de enseñanza en el Nuevo Testamento*, en VARIOS, *Teología y Magisterio*, Sígueme, Salamanca, 1987, p. 55-73. P.e.: «De he-

Además, sin negar la importancia de la doctrina, no olvidemos que el Espíritu Santo hace amar lo que todavía no se conoce (como dice san Agustín y recuerda el n. 72), nos lo enseña todo y nos guía a la verdad completa (*Jn* 14,26; 16,13; n. 72). En fin, la vida y el amor se pueden tematizar, pero lo esencial, antes, durante y después, es vivirlos.

- Se insiste también en la *sistematización*. Se habla de «estudio sistemático» (n. 26), de «manera orgánica» (n. 37), de «conocimiento sistemático» (n. 19) y sobre todo de «enseñanza»: el n. 18 que acabamos de ver; otro texto: «una enseñanza sistemática, no improvisada, siguiendo un programa que le permita llegar a un fin preciso» (n. 21).

¿Porqué esta insistencia? Se formula un principio general: la «gran necesidad de una catequesis orgánica y bien ordenada, ya que... es lo que principalmente distingue a la catequesis de todas las demás formas de presentar la Palabra de Dios» (n. 21). Pero también se aducen razones coyunturales: «insisto en la necesidad de una enseñanza cristiana orgánica y sistemática dado que desde distintos sitios se intenta minimizar su importancia» (n. 21).

¿Qué tipo de sistematización se pretende? ¿Más o menos lógica, escolástica o, por el contrario, centrada en la historia de la salvación, como se esboza en el número 52?

Por otra parte, la sistematización puede relacionarse adecuadamente con la catequesis doctrinal; pero no así, por ejemplo, con la catequesis ocasional, ni con otros tipos más vivenciales de catequesis, como la catequesis familiar. Es cierto que de ésta se dice también, entre otras muchas cosas, que «los padres cristianos han de esforzarse en seguir y reanudar en el ámbito familiar la formación metódica recibida en otro tiempo» (n. 68), pero esto, ¿es realmente propio de la catequesis familiar? ¿Es viable siquiera?

Tampoco casa mucho la sistematización con los medios de comunicación social (n. 46), si se toman en toda su amplitud.

¿Fue sistemática la predicación de Jesús? ¿Qué sistematización hay en los evangelios y en todo el NT? Además, y como veremos, hoy la catequesis de-

cho, cuando Jesús confía la misión universal a los discípulos, toda la tarea de éstos respecto a los prosélitos de todas las naciones no es la transmisión de una doctrina, sino la educación en una praxis: *enseñadles a guardar todo lo que yo os mandé*, con referencia a las bienaventuranzas» (p. 65). «La fe en la resurrección de Jesús no significa aceptar como verdadero un enunciado, sino creer o, mejor, saber por experiencia que hoy Jesús está vivo y despliega su actividad en los suyos y en sus comunidades» (p. 73).

be unirse muchas veces con la dimensión evangelizadora; ahora bien, ¿predomina en ésta lo sistemático? En fin, el conocimiento de una persona, el amor y la vida... ¿se aprenden sistemáticamente?

- Se insiste, por último, en la *integridad*. Integridad referida a la vida: «iniciación cristiana integral, abierta a todas las esferas de la vida cristiana» (n. 21). Pero, sobre todo, integridad referida a los contenidos: Es particularmente grave poner en peligro la «integridad del contenido» (n. 17); la catequesis tiene que ser una enseñanza «bastante completa, que no se detenga en el primer anuncio del misterio cristiano...» (n. 21). Sin embargo, «la integridad no dispensa del equilibrio ni del carácter orgánico y jerarquizado» que dará a las verdades y a las normas «la importancia respectiva que les corresponde» (n. 31). Hay que exponerlo todo «según un eje y una estructura que hagan resaltar lo esencial» (n. 49). El número 29 nos da algunas alusiones sobre el «contenido esencial»; se habla incluso de «la acción del hombre por su liberación integral, la búsqueda de una sociedad más solidaria y fraterna, las luchas por la justicia y la construcción de la paz»¹¹.

Como fallos se mencionan, por ejemplo: «la omisión, consciente o inconsciente, de elementos esenciales a la fe de la Iglesia», «la excesiva importancia dada a determinados temas», y sobre todo «una visión global hartamente horizontalista» (n. 49). La palabra de fe no tiene que ser «mutilada, falsificada o disminuida, sino completa e integral, en todo su rigor y su vigor»; sería «vaciar peligrosamente la catequesis». Ningún catequista puede «hacer por cuenta propia una selección en el depósito de la fe, entre lo que estima importante y lo que estima menos importante o para enseñar lo uno y rechazar lo otro» (n. 30).

Hablar de integridad es, una vez más, acentuar sobre todo la dimensión doctrinal de la catequesis, cuya importancia nadie puede desconocer ciertamente. Pero tampoco sería exacto decir que al aumentar los conocimientos aumenta igualmente la unión con Jesucristo. Por otra parte, todos sabemos que hay un abismo entre mutilación o falsificación, y simple presentación gradual y progresiva.

¹¹ La PS 10 distingue útilmente entre integridad «intensiva» e integridad «extensiva, explícita o analítica». Cf. también A. García Suárez, *En torno a la integridad extensiva e intensiva del mensaje cristiano*, *Actualidad Catequética*, nn. 81-82, enero-junio 1977, pp. 139-225.

2. ARTICULACIONES PRINCIPALES DE LA CATEQUESIS

Es imposible concebir la catequesis aislada de las demás realidades eclesiales. No hay identidad interna sin la correspondiente identidad externa, hecha de correlaciones o articulaciones. La *CT* subraya especialmente las siguientes:

a) Evangelización

La evangelización, como tarea global de la Iglesia, es un movimiento único, pero con momentos esenciales y diferentes entre sí: «la catequesis es uno de esos momentos» (n. 18), «es un momento o un aspecto de la evangelización» (n. 26).

b) El primer anuncio del Evangelio o kerygma

Su finalidad es suscitar la conversión. La catequesis, en cambio, «persigue el doble objetivo de hacer madurar la fe inicial y de educar al verdadero discípulo por medio de un conocimiento más profundo y sistemático de la persona y del mensaje de N.S. Jesucristo» (n. 19). La catequesis quiere profundizar el kerygma, explicitarlo, desarrollarlo, explicarlo, pero sin racionalizarlo, aridecerlo ni matarlo (n. 25).

En la práctica, sin embargo, a menudo hay que unir a la catequesis el primer anuncio, puesto que acuden a la catequesis niños, jóvenes e incluso adultos con una preparación religiosa insuficiente, ya sea porque nunca la recibieron, ya sea porque se enfriaron (n. 19). Por consiguiente: «la catequesis debe a menudo preocuparse, no sólo de alimentar y enseñar la fe, sino de suscitarla continuamente con la ayuda de la gracia, de abrir el corazón, de convertir, de preparar una adhesión global a Jesucristo en aquellos que están aún en el umbral de la fe» (n. 19).

c) Ortodoxia y ortopraxis (n. 22)

No hay que oponer ortodoxia y ortopraxis, ni mensaje cristiano y experiencia vital, ni catequesis doctrinal y catequesis a partir de la vida. La *CT* afirma claramente y con razón los dos polos¹². Esto es ya un avance respecto

¹² Ver también las interesantes observaciones de *PS* 18.

de otros documentos más unilaterales o reticentes (sin embargo, queda cierta parcialidad en la afirmación siguiente: «La auténtica catequesis es *siempre* una iniciación ordenada y sistemática a la Revelación...»).

El paso siguiente consistiría en explicitar la dialéctica concreta que existe entre los dos polos afirmados anteriormente. Entraríamos así en una temática muy amplia, compleja y apasionante, que, por supuesto, la *CT* no puede desarrollar. Por ejemplo: *la vida real de los catequizandos* ¿es tomada en toda su densidad existencial concreta o sólo sirve para llegar a la idea o bien para aplicarla? O sea, ¿hay verdadera unión entre fe y vida o sólo hay una doctrina más o menos ejemplarizada y aplicada? ¿Se ha captado suficientemente que en todo lo valiosamente humano hay ya cierta presencia y voz de Dios?

Ciertamente la *CT* insiste en la *adaptación al sujeto*. Es «ley fundamental para toda la vida de la Iglesia la fidelidad a Dios y la fidelidad al hombre, en una misma actitud de amor» (n. 55). La edad y el desarrollo intelectual, el grado de madurez eclesial y espiritual, el medio socio-cultural y otras muchas circunstancias «postulan que la catequesis adopte métodos muy diversos para alcanzar su finalidad específica: la educación en la fe» (n. 51). Las obras catequéticas tienen que conectar «con la vida concreta de la generación a la que se dirigen, teniendo bien presentes sus inquietudes y sus interrogantes, sus luchas y sus esperanzas» (n. 49). La adaptación tiene que afectar también al lenguaje (nn. 31, 59...), aunque, por supuesto, no hay espacio para tratar los problemas de fondo que actualmente plantea el lenguaje humano. Mencionemos todo el n. 53, sobre la *inculturación*; es rico e interesante. Claramente, se dice, p.e.: «la catequesis 'se encarna' en las diferentes culturas y ambientes». Recalca mucho el enriquecimiento de las culturas por obra del cristianismo. ¿Convenía, además, acentuar el aspecto recíproco y la separación entre mensaje evangélico y sus diversas concreciones históricas?

La *CT* busca también acercarse a la vida de los adolescentes y jóvenes (nn. 38-42). Pero en general acentúa, sobre todo, la catequesis que parte del mensaje más que de la vida (cf., p.e., nn. 26, 27...).

Terminemos diciendo que en esta actitud de adaptación a la realidad viva de los educandos hay que subrayar la valoración de las *devociones populares* (n. 54), sobre todo por los principios que se barajan: se las valora «aun cuando en muchos aspectos haya que purificar, o incluso rectificar, la fe en que se apoyan»; «junto a elementos que hay que eliminar, hay otros que bien utilizados podrían servir muy bien para avanzar en el conocimiento del mis-

terio de Cristo»; ¿por qué rehusar apoyarse «en elementos que, aun necesitando revisión y rectificación, tienen algo cristiano en su raíz?». Orientaciones muy amplias y tolerantes, como se ve. Pero ¿se usa la misma medida en otros casos, por ejemplo en todo lo relativo a lo socio-político (o tema de la «liberación»), en cuya raíz no sólo hay «algo cristiano», sino mucho?

d) Liturgia, sacramentos y comunidad eclesial

La catequesis tiene que conducir a los sacramentos, preparar para ellos. «Una forma eminente de catequesis es la que prepara a los sacramentos» (n. 23). Sin conocimiento, la liturgia se ritualiza; y sin sacramentos, la catequesis se intelectualiza (*ib.*). La catequesis «da sentido a los sacramentos, pero a la vez recibe de los sacramentos vividos una dimensión vital que le impide quedarse en meramente doctrinal, y comunica al niño la alegría de ser testigo de Cristo en su ambiente de vida» (n. 37).

La *homilía* es una «catequesis que se hace dentro del cuadro litúrgico»; «vuelve a recorrer el itinerario de fe propuesto por la catequesis y lo conduce a su perfeccionamiento natural» (n. 48).

La fe se vive conjuntamente. La *comunidad* tiene una doble responsabilidad respecto de la catequesis: formar a sus miembros y «acogerlos en un ambiente donde puedan vivir, con la mayor plenitud posible, lo que han aprendido» (n. 24).

e) Teología

La correlación teología-catequesis «es evidentemente profunda y vital» (n. 61). Los riesgos y el «equilibrio inestable» de la actual investigación teológica y hermenéutica no tendrían que traspasarse a la catequesis: no dar por cierto lo opinable; seleccionar lo mejor; acudir a las fuentes; prescindir de teorías extrañas y de problemas fútiles (*ib.*). «El don más precioso... al mundo de hoy, desorientado e inquieto, es el formar unos cristianos firmes en lo esencial y humildemente felices en su fe» (*ib.*). Que la catequesis prescinda de las «perspectivas ideológicas» (sobre todo político-sociales) y de las tendencias unilaterales divergentes, dicotómicas, «aun en el campo de las interpretaciones teológicas» (n. 52).

Todo esto es muy importante, pero no es tan simple, sobre todo si tenemos en cuenta que para la *CT* la catequesis es «escuela permanente de la fe»

(n. 39), educación de niños, jóvenes y adultos (n. 18). No es simple, en efecto, porque: 1) Es cierto que la catequesis debe tomar como pauta «la Revelación, tal como la transmite el Magisterio universal de la Iglesia en su forma solemne u ordinaria» (n. 52). Pero ni siquiera los documentos del Vaticano II están exentos de dicotomías y tensiones, algunas muy importantes (p.e., las eclesio-logías de los capítulos 2 y 3 de la *LG*). 2) Por otra parte, «nada tiene de extraño que toda conmoción en el campo de la teología provoque repercusiones igualmente en el terreno de la catequesis» (n. 61). 3) En fin, la actual demolición de todo invernadero convierte los medios de comunicación en amplio escape de las teorías y de los rumores, de las sospechas y de los conflictos de todo tipo.

f) **Pedagogía** (n. 58)

Una cosa es educación y otra pedagogía, que la *CT* describe como «la ciencia de la educación y el arte de enseñar», y que otros designarían como «ciencia y técnica de la educación».

La *CT* valora netamente la *pedagogía* y habla de sus continuos replanteamientos para una «mejor adaptación o una mayor eficacia» (otros insistirían más bien en algo previo y más decisivo: los replanteamientos sobre la naturaleza y los fines de la educación y de la pedagogía).

La catequesis o educación de la fe requiere una pedagogía específica, la «*pedagogía de la fe*», pues no debe transmitir «un saber humano», sino «comunicar en su integridad la Revelación de Dios». Su modelo tiene que ser la pedagogía seguida por Dios en el AT y sobre todo en el Evangelio.

Ahora bien, todos sabemos que esta «pedagogía de Dios» es tan importante como insuficiente¹³. Tiene que ampliarse y complementarse. La *CT* habla tan sólo de «adaptar... las técnicas perfeccionadas y comprobadas», sin olvidar que «una técnica tiene valor en la medida en que se pone al servicio de la fe que ha de transmitir y educar; en caso contrario, no vale». Como se ve, la posible interdisciplinariedad entre catequesis y pedagogía queda apenas esbozada, seguramente por falta de espacio.

g) **Destinatarios**

Generalmente la catequesis se ha enfocado como cosa de *principiantes*, ya sea por la edad (niños, adolescentes e incluso jóvenes), ya sea a pesar de la edad

¹³ Cf. Bissoli-Bagot, *Pedagogía de Dios*, en el *Diccionario de Catequética*.

(adultos sin la formación debida; en estos casos la catequesis suple lo que falta). Es la catequesis entendida como iniciación, crecimiento, maduración progresiva, catecumenado ¹⁴...; en la misma línea ha solido entenderse la educación en general. Pero los esquemas van cambiando; cada vez más se habla de «educación permanente» y de «educación de adultos», lo cual es tanto como afirmar que siempre podemos madurar, crecer, desarrollarnos, profundizar, iniciarnos más y más. Así enfoca la catequesis nuestro documento. El capítulo V se titula precisamente «Todos tienen necesidad de la catequesis» (nn. 35-45), y habla de «*catequesis permanente*» (n. 43, 45...); afirma que «desde la infancia hasta el umbral de la madurez, la catequesis se convierte, pues, en una escuela permanente de la fe...» (n. 39). Más aún, la catequesis traspa el «umbral de la madurez» y *se centra en los adultos*, no sólo para suplir fallos e insuficiencias (n. 44), sino porque la catequesis de adultos «es la forma principal de la catequesis» (n. 43) ¹⁵.

Para probar este aserto un tanto desconcertante, se dan varios argumentos: 1) El influjo de los adultos: tienen las mayores responsabilidades, gobiernan el mundo de los jóvenes y las realidades temporales; sin los adultos es imposible la catequesis permanente. Desde luego este influjo es muy cierto; pero ¿por qué requiere catequesis? No como primera iniciación ni como suplencia en todos los casos. La razón que se da es la siguiente: la fe de esos adultos debe «ser iluminada, estimulada o renovada sin cesar...» (*ib.*). Por supuesto. Pero algunos dirían que esto ya pertenece a una etapa posterior a la catequesis ¹⁶. Nuestro documento, por el contrario, prefiere considerarlo también catequesis, aunque sea «de otra forma»; en efecto, «para que sea eficaz, la catequesis ha de ser permanente y sería ciertamente vana si se detuviera precisamente en el umbral de la edad madura puesto que, si bien ciertamente de otra forma, se revela no menos necesaria para los adultos» (n. 43). 2) Los adultos pueden vivir el mensaje cristiano «bajo su forma plenamente desarrollada» (*ib.*). Es cierto, pero ¿no es igualmente importante y necesario que cada edad lo viva según sus propias posibilidades?; ¿hay

¹⁴ El n. 14 del decreto *Ad Gentes* dice del catecumenado que «no es mera exposición de dogmas y preceptos, sino formación y noviciado convenientemente prolongado de toda la vida cristiana, con el que los discípulos se unen a Cristo, su Maestro» (a continuación va enumerando las diversas dimensiones que lo constituyen). Desde luego, si la catequesis no es más que noviciado o iniciación, no puede durar toda la vida, tiene que ser algo «transitorio» (*La Catequesis de la Comunidad*, n. 61).

¹⁵ Ya en el *DCG*, n. 20, se decía que la catequesis de adultos, «como dirigida a hombres capaces de una adhesión plenamente responsable, debe considerarse como la forma de catequesis principal a la cual deben encamarse todas las otras formas, siempre necesarias». Ver un desarrollo interesante de este enfoque en *DCG*, n. 92-97.

¹⁶ Ver lo dicho en la nota 14.

muchos adultos que lleguen a esa plenitud de vida cristiana sin antes haberla vivido intensamente de niños y de jóvenes?; la catequesis es educación y ¿no es sobre todo en los primeros períodos de la vida cuando más hay que cuidar la educación? Huelga decir, por otra parte, que ni la educación de adultos ni la catequesis de adultos son el modelo de la de los niños y jóvenes (sería homunculismo).

CONCLUSION

1. Como ya hemos visto, la *CT* ha cumplido ampliamente su finalidad exhortativa y su propia consigna de renovar continuamente la catequesis mediante «un cierto alargamiento de su concepto mismo» (n. 17) ¹⁷. Tomada en su totalidad, la *CT* da *una visión amplísima de la catequesis*: enseñar, formar, madurar, experimentar, vivir, celebrar, dar testimonio y comprometerse, impregnación y transformación del orden temporal...; o sea: educar constantemente la fe (conocimiento, actitudes y comportamientos en función de la adhesión personal y comunitaria a Jesús). Todo esto es una riqueza innegable. Pero también puede tener algunos inconvenientes: 1) Cierta imprecisión de contornos, a veces. 2) Un uso oscilante de la noción de catequesis, dentro del mismo documento. Uno de sus núcleos germinales y básicos parece ser la enseñanza doctrinal y sistemática, pero luego se va ampliando y enriqueciendo enormemente. Resultado: algunas afirmaciones son válidas para la dimensión «enseñanza» o «catequesis doctrinal» (por ejemplo la sistematicidad), pero quedan pobres y cortas si se aplican a toda la catequesis sin más (la educación incluye la enseñanza y lo sistemático, pero desborda ampliamente estas dimensiones). 3) Por consiguiente, la *CT* se presta, a veces, a diversidad de lecturas, como puede verse cotejándola con algunos documentos o trabajos posteriores.
2. Ya hemos dicho que la categoría «educación», la *educación de la fe*, es particularmente idónea y flexible para toda esa amplitud de la catequesis; en efecto, se puede hablar de educación inicial, diferencial, permanente, de adultos...; también, educación formal e informal, es decir, explícita o directa, o bien implícita o indirecta (el concepto de educación

¹⁷ En cuanto a la terminología de la *CT*, muchas veces sería preferible emplear «catequístico» (ej.: «enseñanza catequística», «actividad catequística»...) donde pone «catequético» («enseñanza catequética»...), si queremos dar a «catequética» el sentido de ciencia de la catequesis. De hecho se usa «catequístico» y no «catequético», en el *DCG*, nn. 17-35 (números a los que remite especialmente la *CT* 18).

no es totalmente unívoco)¹⁸. Ahora bien, entrar en el campo de la educación es suscitar una constelación de problemas y de antinomias tan actuales como importantes¹⁹. Hoy se insiste en la centralidad del sujeto, agente principal de toda educación (entre los agentes visibles, claro está). Se habla mucho, por ejemplo, de la necesidad de espíritu crítico y de creatividad; de las vertientes posibles de la autogestión y de la no directividad; del peso decisivo de la relación educativa, etc.²⁰. También preocupan los problemas institucionales (masificación; función meramente reproductiva; etc.). Sería demasiado simple creer que, por su índole sobrenatural, la catequesis está al amparo de todos estos problemas. Por supuesto, la CT no ha podido entrar en ellos. Los estudiosos de la catequética deben ir enriqueciendo todos estos aspectos y así abrir camino para documentos posteriores, cada vez más completos.

¹⁸ Es muy de notar que en los nn. 17-35 del DCG apenas se habla de «educación» (sólo nn. 25 y 31; cf. n. 33), aunque se habla frecuentemente de «madurez».

¹⁹ «Ocurre que *el concepto de educación* no es un tema simple, sino muy problemático: y en cuanto uno penetra en él ya no sale, y debatiéndose con él mismo desarrolla gran parte de la Teoría de la Educación. La educación, en efecto, se entiende de modos muy diversos desde los presupuestos antropológicos de que se parte, cabiendo entenderla, por ej., como mero desarrollo subjetivo, o como acción sobre el educando, o como afianzamiento de la personalidad, o como adaptación del individuo a la sociedad, o como manifestación espontánea de la naturaleza, o como introyección de la cultura, o como liberación, o como represión, o como facilitadora de la expresión subjetiva, o como subordinadora a valores objetivos» (J.M. Quintana, o.c., p. 19).

²⁰ En la raíz de todo esto se encuentra «la más importante de las antinomias de la educación» (Id., *ibid.*, p. 58), con sus tres respuestas fundamentales: naturalismo, humanismo realista y culturalismo. Es decir: 1) El optimismo antropológico de Rousseau, Montessori...: el niño visto como bueno, capaz de todo, activo, espontáneo... 2) El realismo antropológico de Comenio, Pestalozzi...: el niño con aspectos positivos y negativos, capaz de algo, parcialmente activo, necesitado de algún estímulo... 3) El pesimismo antropológico de Kant, Durkheim...: el niño como malo o impotente, pasivo, inerte... De ahí dimanar, correlativamente, tres visiones de la educación: 1) «crecimiento, dejar hacer, *educere*»; 2) «ayuda, cuidado, *complere*»; 3) «implantación, conducción, *educare*». Tres concepciones, igualmente, del educador: «jardinero, regulador de tráfico, escultor». ¿Cuál es la antropología implícita en la CT? ¿Qué conexiones hay entre esa antropología y la educación de la fe?